

L'Épêche-Mêche

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCIÓN:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción o traducción

El pago de las suscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo o letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado a la Dirección: 7, rue Cadet Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



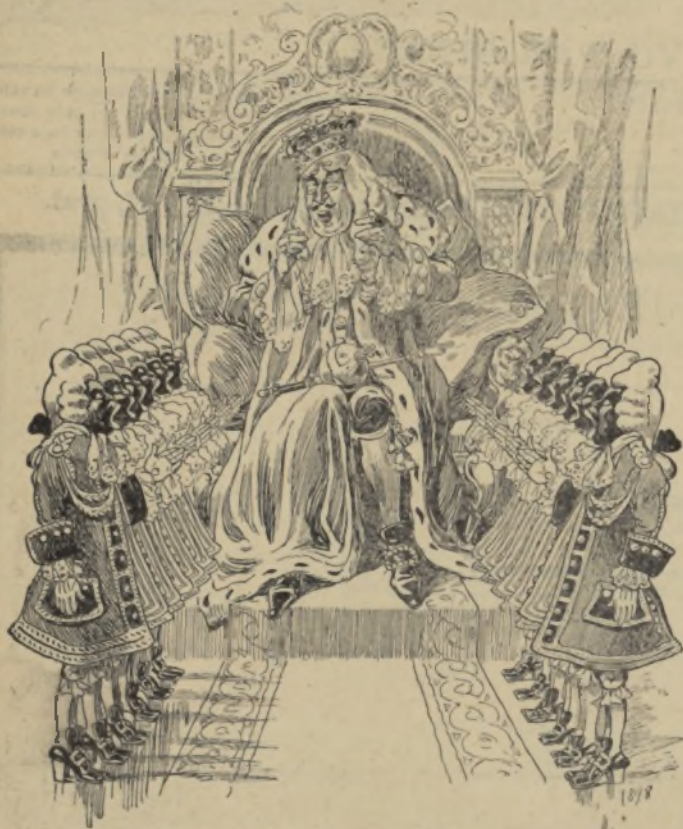
¡Ganga! Petróleo barato

EL CONDIMENTO

A mi amiguillo Augusto Audouard.

Hubo en cierta época un rey, muy poderoso y muy rico, llamado Haroldo.

Sus tesoros eran incalculables y veía cumplidos siempre sus menores deseos.



Apenas formulaba uno, ya se ponía en danza un verdadero ejército de cortesanos, presurosos por satisfacerlo. Para dar una ligera idea del fausto de que se rodeaba, baste saber que dore negritos, vestidos con libreas escarlata, tenían por misión la de cantar cadenciosamente, cada vez que Su Majestad el rey Haroldo estornudaba:

¡Salud, excelsa Majestad!
¡Salud y en paz estornudad!

El rey se pasaba la mayor parte de sus días en la ociosidad más completa, sentado en el trono, dándose cada estirajón de brazos que alcanzaba al techo. Sin embargo, cediendo a las solicitudes de sus favoritos, solía alguna que otra vez descender a los jardines reales para dar un paseo por las umbrosas alamedas. Pero apenas sacaba un pie del salón del trono, ya estaba dispuesta una soberbia carroza con seis blancas mulas enjaezadas, esperándole a la entrada de los jardines para evitarle las fatigas de una marcha a pie.

En cuanto a los múltiples cuidados de la gobernación del reino, el rey prefería encomendarlos a la sagacidad de sus ministros, que, por lo demás, gobernaban concienzudamente un pueblo pacífico y discreto.

No obstante, cuando en nada enteramente se ocupa el tiempo, el fastidio llega pronto, por muy poderoso y rico monarca que el hombre sea.

Un día el rey Haroldo se dio a bostezar tan desaforadamente, que a poco se des-coyunta las mandíbulas.

Al día siguiente fué peor: en todo él no cesó de abrir y cerrar la boca como una carpa y de estirazar y encoger brazos y pier-

nas, como demostración de que su fastidio iba en *crescendo*.

Después, sin que pudiese adivinarse la razón, fué perdiendo el apetito, y apenas si probaba las exquisiteces culinarias que, a fuer de consumado *chef*, le preparaba el gran cocinero de la corte.

Al cabo de tres semanas, el rey había enflaquecido tanto, que estaba desconocido, y su tez, antes fresca y rosada, tornóse color de limón, hasta el punto de que no se atrevió a salir de palacio, por temor de alarmar a sus buenos súbditos.

Muy inquietos, y no sabiendo a qué santo encomendarse, los ministros decidieron sin embargo tentar lo imposible para salvar a su augusto dueño, y al efecto convocaron a los sabios y a los doctores más reputados del mundo entero.

Hombres doctos acudieron hasta del corazón de la China; gruesos budhas asmáticos y panzudos, pisándose la trenza, con uñas largas de diez centímetros en las manos, ojos bizcos y escudriñadores, y apestando a almizcle.

Doctores, llegaron de Suiza, de Alemania, de Austria, excelentes sujetos, mojigangueros unos, muy acicalados otros, de ojos azules aporcelanados, rubios como el cáñamo y fumando en sendas pipas.

Y mientras unos examinaban al enfermo, lo palpaban, le auscultaban, cosquilleaban y le masajeaban, otros le daban a aspirar esencias, a sorber pócimas, escarabajaban en el espinazo, lo purgaban y lo sangraban.

Y a todas estas, el enfermo más desmejorado cada día.

Transcurrió una semana sin que ni sabios ni doctores lograsen ponerse de acuerdo respecto a la extraña enfermedad que aquejaba al monarca, hasta que por fin el ministro, hombre práctico si los hubo, para librarse de aquel hato de charlatanes, acudió al socorrido expediente de encarcelarlos a todos.

Después mandó anunciar a son de trompe-



tas, que cualquiera que acertase a devolver al rey salud, alegría y apetito, recibiría en pago un talego con mil doblones de oro.

Centenares de viejas comadres acudieron a palacio, atraídas por el cebo de la ganancia, y todas afirmaron desde luego que se comprometían a curar al real enfermo por medio de estrafalarios ungüentos y mejunjes, recetas de familia legadas, a

través de siglos, de madres a hijas y cuya infalibilidad era, según ellas, indiscutible.

Su charladuría llenaba de tal batahola el palacio, que, cerrando los ojos, hubiérase uno creído en pleno valle de Josafat, en la hora en que las comadres todas del universo entero hablando juntas — a fin de que el juicio dure el menos tiempo posible — confesarán sus pecados ante Dios.

No hubo más remedio que echarlas a puntapiés y mandarlas a que prosiguiesen sus calcetas y cuidasen nuevamente de sus gatos frioleros y de ponerles el alpiste a los canarios.

Lo más triste, a todo esto, era que el rey languidecía a ojos vistas, y el pueblo le lloraba ya como si le viese en su última hora.

Una mañana, apenas surgido el sol del horizonte, llamó a la puerta de palacio un anciano de aspecto miserable, calzado los pies con rotas alpargatas, el cual llevaba por todo bagaje un nudoso palo en el que se apoyaba al andar.

— ¿Qué queréis, buen hombre? — le preguntó un centinela. — ¿Venís a pedir limosna?

— Quiero hablar al rey — contestó simplemente el anciano.

— ¡Ah, ah, ah! ¡buena es esa! — dijo soltando la carcajada el guardián, y echando una ojeada desdeñosa a la humilde indumentaria del viejo. — ¿Por ventura os habéis figurado que el rey Haroldo recibe así como así al primero que pretende hablarle? Además, en este momento duerme, y el mejor consejo que puedo daros, caso de que no apetezcáis terminar vuestros días en un oscuro y húmedo calabozo, es que os larguéis pronto de aquí.

El viejo no insistió. Dió media vuelta e iba a retirarse, cuando Haroldo, que había asistido a la anterior escena ocultándose tras una ventana del primer piso, ordenó que diesen entrada al campesino.

Ya en presencia del rey, el anciano se expresó así:

— Dispensadme, Majestad, que haya venido a molestaros tan de mañana. En la selva que habito, me pareció oír anteanoche cómo el rumor del viento, agitando los oquedales como en las noches de otoño, parecía nuncio de las primeras ráfagas de un huracán. Sin embargo, las copas de los árboles permanecían inmóviles y no se movían tampoco ni las ramas ni las hojas. Salí entonces del bosque, sorprendido ante aquel fenómeno, y averigué que aquel ruido precursor de tormenta, lo producían los sollozos unánimes de un pueblo que vivía temeroso de una desdicha inmensa. Procuré informarme detalladamente y supe que la salud de Vuestra Majestad corre peligro. A fin de conocer el mal que os aqueja, he preguntado, a lo largo del camino, a cuantas personas han querido informarme, y habiéndome hecho cargo de la naturaleza de la enfermedad que os está minando, he buscado y encontrado el remedio para ella. Si place a Vuestra Majestad seguirme al bosque donde lengo mi choza, yo os prometo, a fe de Silvano — éste es mi nombre — haceros partícipe del secreto que os devolverá «apetito, salud y alegría» para largos años.

Haroldo reflexionó un momento.

— Bueno, me conformo — dijo por fin. — Si me curas, te entregaré el saco de doblones; sino, mandaré ahorcarte sin remisión.

— Convenido — respondió Silvano, y pidiendo en la armería de palacio un par de hachas sólidas, tomó nuevamente el camino del bosque, acompañándole el rey, quien le seguía renqueando, con la corona bajo el

brazo y echando los puros bofes con el desmadejamiento que se traía.

A las dos horas de marcha, Silvano sacó de su bolsillo un zoquete de moreno pan y lo partió fraternalmente con Haroldo, el cual hizo honor al frugalísimo almuerzo con no mal apetito.



— ¡Pues ánimo! — contestó el rey, atacando con una de las hachas al gigante del bosque y siguiendo el ejemplo de Silvano, el cual golpeaba vigorosamente al pie de la encina, dejando oír á cada golpe un ¡han! sonoro.

Hasta la noche, los dos improvisados leñadores continuaron con ardor la tarea, excitándose mutuamente á golpear duro.

Y el eco de la selva, no cesaba de repetir: — ¡Han... han... han... han!

Por fin, tras un fuerte hachazo aplicado por Haroldo, cayó el árbol con gran estruendo á los pies de ambos trabajadores.

Silvano, con la punta de su cuchillo, tomó un poco de medula del corazón de la encina, y llevóse al rey á su cabaña, oculta á poca distancia tras unos espesos zarzales.

Antes de echarse á dormir sobre el lecho de blando musgo que encontró preparado, Haroldo comió con voraz apetito un humilde guiso de patatas, en el cual el viejo campesino fingió echar la savia del árbol derribado. El monarca encontró el plato muy superior á los que le preparaban en las cocinas reales.

A la mañana siguiente, despertaron al rey los cantos de los pájaros, y al desesperarse, vió á Silvano levantado ya y á punto de emprender la tarea de derribar el árbol cotidiano.

Durante quince días, transcurrió entre ambos leñadores una existencia placida y dichosa entre la frugalidad y el trabajo.

Sortilegio ó sapiencia, el caso fué que Haroldo recobró como por encanto una salud floreciente gracias al famoso régimen de la medula de encina. En su rostro no se observaba ya huella alguna del mal que

antes amenazó aniquilarle, por lo que el monarca decidió regresar á su palacio.

Cuando Haroldo y Silvano se presentaron á los ministros, costóles trabajo á éstos reconocer á su señor, súbitamente transformado por su corta pero beneficiosa permanencia en el bosque.

Silvano tenía, pues, bien ganada la recompensa ofrecida; pero cuando el intendente de la Casa real quiso entregársela al anciano, éste rehusó enérgicamente aceptarla, manifestando que no tenía necesidad alguna de aquel oro superfluo para vivir dichoso en sus bosques, y que la satisfacción de haber devuelto la salud al rey, bastábale como recompensa.

Luego, acercándose al monarca, deslizó á su oído estas palabras:

— No olvide Vuestra Majestad que el ocio engendra la tristeza y la melancolía. Para ser dichoso y conservarse sano de cuerpo y de espíritu, existe una ley común, á la cual ni aun los grandes de la tierra pueden sustraerse. Esta ley es el trabajo. Señor, derribad encinas frecuentemente, y encontraréis en su savia el condimento de la dicha.

Cuando se advirtió la ausencia del anciano leñador, todos á porfía se despepitaban buscándole; pero á pesar de la diligencia que en ello se puso, fueron inútiles todas las pesquisas: no se le halló jamás.

La lección que Silvano el hechicero — pues otra cosa no podía ser — había dado al rey, no fué, de todos modos, perdida. Desde aquel punto y hora, el rey Haroldo trabajó por sí mismo en labrar la dicha de su pueblo, no delegando ya en nadie la dirección de los asuntos del Estado.

Cada noche, al acostarse, después de un día bien empleado, Haroldo no tenía otra satisfacción que la de poder decir:

— ¡Hoy he derribado otra encina!

JUAN ROSNIL.

Una mujer inteligente



— Ven acá, Luciano; miremos por el ojo de la cerradura, y así no hay miedo de que nadie nos vea.



— Cierre usted bien la puerta, porque andan muchos rateros por el barrio.



¡Justicia... igualdad!... ¡qué ha de haber! Suponed que un rico alivie á un pobre... ¿censurará nadie semejante acto?



Y si, al contrario, es un pobre diablo quien quiere aliviar á un rico...

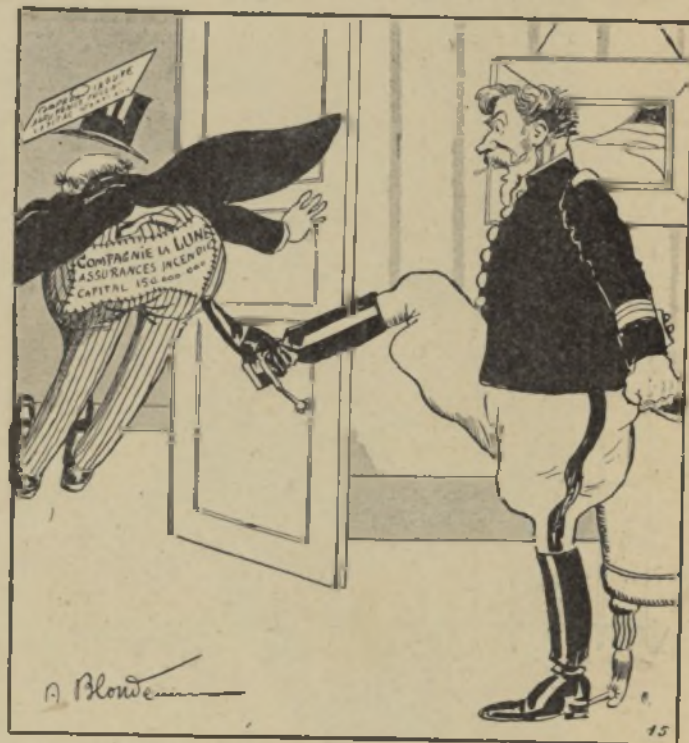


... pronto traba conocimiento con las rudas manazas de los guindillas.

Un agente expertísimo



Después de haberse presentado noventa y dos veces en casa del capitán Tremecén, sin que éste le hubiese permitido decir siquiera por cuenta de qué compañía trabajaba, Isidoro Tenazón, agente de seguros, se presentó por nonagésima tercera vez, jurándose que el capitán sabría esta vez, quisiese ó no, el nombre de la compañía.



Y se salió con la suya. Lo maravilloso del caso, no obstante, fué que el capitán, sorprendido del travieso ingenio de aquel moscón, concluyó por contratar un seguro...

La elocuencia produce maravillosos resultados.

En los Estados Unidos, un miembro de la Sociedad protectora de animales propagaba sus doctrinas. Para conseguirlo, enumeraba con calor las crueldades que comete el hombre con esos seres apreciables, ya castigándolos con rigor excesivo, ya martirizándolos y comiéndoselos hasta sin gana.

Tal fué su entusiasmo, pintó tan al vivo los tormentos de las bestias, que el auditorio, conmovido y alzando en triunfo al orador, gritó simultáneamente:

—¡Mueran las personas!

Un hombre gordo y un flaco
Se dieron un encontrón,
Y al sentir un pisotón,
El flaco dijo: — ¡Bellaco!

— ¡Ira de Dios! — gritó el gordo; —
— ¡Bellaco!... agradezca usted
Que esa frase no escuché
Porque estoy un poco sordo.

Un individuo trata de comprar un caballo.
El chalán le enseña un soberbio animal,
diciéndole:

— Quédese usted con éste. Es tan ligero,
que monta usted en él á las cuatro de la
mañana en Madrid, y está usted en Alcalá
á las cinco.

— ¡No me conviene!

— ¿Por qué?

— ¿Qué quiere usted que haga yo á las
cinco de la mañana en Alcalá, donde no
conozco á nadie?

El marido. — ¡Pobre mujercita mía! ¡Qué
pena me causa verte tan aburrida! ¿Qué
haría yo para distraerte?

La mujer. — ¡Iste.

Hablando de cierta historia,
A un necio se preguntó:
— ¿Te acuerdas tú? — Y respondió:
— Esperen que haga memoria. —
Mi Inés, viendo su idiotismo,
Dijo risueña, al momento:
— Haz, también, entendimiento,
Que te costará lo mismo.

J. Iglesias de la Casa.

— Dígame usted, doña Angustias, ¿qué
lleva usted tan tapado con ese pañuelo?

— Si yo quisiera que se supiese, no lo
llevaría tan tapado.

Acústico precioso



— Noto que mi ron Jamaica disminuye,
y no sé cómo puede ser esto. Lo raro del
caso es que cuando habla por el acústico,
mi dependiente huele á ron extraordina-
riamente. ¿Pero cómo diablos puede él
beberse mi ron, si nunca pone los pies
en el comedor?



— ¡Excelente muchacha! ¡Nunca se
olvida de escanciarme mi copita!

Demostración elocuente en demasia



EL PROFESOR (instruyendo á su hija). —
Era en 1811; aquel día, la caballería li-
gera iba de exploración á la descubierta
ante el grueso del ejército...



...y como encontrase un puente, lo pasó
sin obstáculo... Pero cuando el grueso de
la artillería quiso pasar á su vez...



...aquello fué un desastrel



El manco entusiasta

— Préstame tu mano para aplaudir.

— ¿Qué le gusta más: una visita agradable ó una desagradable?
 — Una desagradable, porque cuando ésta se va, respiro de satisfacción y me encuentro en la gloria, mientras que siempre me causa pena la despedida de la primera.

— — —
 Que quebró aquel mercader,
 Dice el pueblo comúnmente,
 Y en sentido más corriente,
 La quiebra se ha de entender.
 Si lucido y plácido
 Vive y queda en el lugar,
 No es él quien llegó á quebrar,
 Sino quien le dió el dinero.

M. Moreno.

Entre comerciantes:

— ¿Y tus hijos?

— En cuanto á Julio, muy bien. Está al frente de una fábrica de corbatas y tiene asegurado su porvenir.

— ¿Y Pedro?

— No me hables de él. Se ha metido á literato. Era el menos inteligente de los dos hermanos.

— — —

Un médico sermoniza á un alcohólico y le dice:

— Andese usted con cuidado. El ajeno y el aguardiente le harán perder á usted la memoria. Cuando la haya perdido por completo, se acordará usted de lo que le digo.

En un banquete.

Un convidado hace observar confidencialmente al dueño de la casa que son trece á la mesa.

— Ya lo sé.

— ¿Pues no es usted supersticioso?

— Como siempre, y sigo creyendo que cuando se sientan á comer trece á una mesa, la persona de más edad muere antes de un año.

— Entonces, no comprendo la tranquilidad de usted.

— Pues tiene una explicación muy fácil; fíjese usted en la edad de mi suegra.

— — —

La moral es la higiene del alma.



— Hay quien se devana los sesos pensando en lo que pedirá para comer. Yo dejo esto al azar.



— Para hacer boca, ese civil que pasa, me incita á comer una sardina salada.



— Mi peluquero, presentándose inopinadamente á mi vista, me recuerda cuán'o adoro yo la raya.



— Ese pescador, cargado con sus aparejos, me hace pensar en una exquisita *bouillabaisse*.



— Y ese caballero, gordo como un buey, me sugiere enseguida la idea de un biftek con patatas sopladas.



— ¿Y ese vendedor de lentes? Pues en un plato de lentejas.



— ¿Quién de ustedes, al ver la facha y aspecto singular de esa buena señora, no pensaría en saborear una pera?



— Lo mismo que ese automóvil que pasa rápido, me sugiere para los postres crema de chocolate.



— Ni siquiera para mis recreos, tengo necesidad de cavilaciones. Mientras tomo café y fumo apaciblemente mi cigarro, pasa un anunciador ambulante y me indica á dónde debo dirigirme para terminar la digestión y la velada.

Historia de dos osos



Tres meses hacía que Atanasio Rondón vagaba sin trabajo, cuando en la feria de Naval, leyó el cartelón siguiente: «Gran Colección de Fieras: hace falta un hombre de valor para un puesto importante. No se exige fianza.»



Entró. Recibióle el capitán Latiguín, el cual le dijo: «¿Es usted un hombre de valor y probablemente está sin trabajo, ¿verdad? Pues guarde usted el secreto y le daré tres pesetas diarias y la manutención.» Rondón juró todo lo que le exigieron.



«Se trata de hacer el oso,—dijo el domador.—Es menos difícil que ser emperador ó millonario. Verá usted cómo yo le osifico en un periquete.» Cinco minutos después, Rondón estaba desconocido.



Comenzó para él una nueva vida. Sometido á toda una serie de ejercicios, convirtiéndose á poco en un oso á pedir de boca. Maravillaba verle andar á cuatro patas y rezongar *Gnuff... gnuff!*...



Pronto el oso improvisado corría, saltaba, hacía mil cabriolas y tragaba terrones de azúcar que era una bendición. Pero ¡ay! no habían de terminar aquí sus trabajos.



El domador le dijo: «Ahora es preciso que entre usted en la jaula y se prepare á trabajar ante el público... dígame usted bien: la jaula está ocupada ya por un oso negro de Siberia... conque, ¡aquí del valor y de la sangre fría!»



«Este es el momento en que debe usted acreditar que tiene la serenidad suficiente... si el oso negro viene hacia usted, no se mueva, y, sobre todo, no le provoque; si gruñe, usted quieto y mudo... Conque, nada de amedrentarse... si hace usted como le digo, no hay cuidado que le haga daño alguno.»



Pero cuando el oso de mentirijillas se vió solo y en presencia del feroz plantigrado: «De esta no salgo!» pensó. El otro se dirigió recto hacia él, le olió y lanzó un gruñido ronco. Rondón se apoyó en los hierros, y empezó á despedirse de la sociedad.



El oso negro se plantó entonces ante él, y fijando ferozmente en los suyos sus ojillos grises, exclamó: «¡Oye, chico; ¿no harás echado á perder el oficio abaratándolo mucho, ¿eh? ¿Cuánto te paga á ti el capitán diariamente?»



Los grandes inventos de «El Pêle-Mêle»
Para mitigar las caídas



Arte decorativo

Motivo de cariátide para la Oficina Central de Telégrafos.

Examen de aritmética:
Profesor.—¿Qué es interés simple y compuesto?

El alumno queda pensativo.
—Vamos, señor Benito; diga usted lo que entiende por interés...

El examinando, después de algunos momentos:

—Interés... interés simple... es el interés que una persona se toma por otra, y compuesto, cuando es por más de una.

Un pródigo se quejaba á Sócrates de que no tenía dinero.

—Préstale á ti mismo, reduciendo tus gastos—dijo el sabio.

Presentóse una señora en la estación del telégrafo, y dijo al empleado:

—Sirvase usted enviar este parte.

El empleado trató de leerlo.

—Señora,—dijo al cabo de dos minutos;—es imposible enviar esto; no entiendo una palabra.

—¿Qué más da? Es para mi marido y él conoce la letra.

Después de haber dado un oficial una docena de cachetes á su asistente, le dijo:

—Esto es para que sepas que no debes mezclarte en lo que no te importa.

—Mi capitán, bien podía usted habérmelo dicho antes; al primer cachete le hubiera comprendido.



El Tandem

—Así, Clementina, así; aprieta los pedales... ¿ves? la máquina va mucho más ligera.

Bebés modernos



—He tratado de comprar un revólver, pero me ha sido imposible; no tenía más que treinta céntimos, y no venden por este precio. No tenemos más remedio que esperar una ocasión propicia para llevar á cabo nuestro propósito.



—Precisamente se acerca un carruaje; precipitémonos bajo sus ruedas.



EL AGENTE. —¿Pero quién os ha inducido á realizar este acto de desesperación?

—Nuestros padres, que no han permitido que nos casáramos pretextando que éramos demasiado jóvenes; entonces... hemos preferido unirnos en la muerte.

—Oye, maridito; esta noche he soñado que me íbas á regalar una preciosa pulsera.

—Esa era mi intención, querida; pero ya no puede ser. Quería darte una sorpresa.

—Un jugador incorregible llama la atención por su costumbre de jugar siempre con guantes.

—¿Tiene usted frío en las manos?—se decide á preguntarle uno de los puntos.

—No. Pero mi padre al morir me hizo jurar que no tocarla en mi vida una carta. Y cumplo mi juramento.

Un padre dice á su hija:
—¿Qué quieres que te dé de aguinaldo?

—Un piano, papá.

Y luego dice á su hijo Carlos:

—Y tú, ¿qué quieres que te compre?

—Un automóvil para echar á correr cuando mi hermana se siente al piano.

El Mono y el Elefante



—Como es usted muy ligero
Y flexible como un junco,
Podemos, si le parece,
Un cake-walk bailar juntos.—
Así habló un mono burlón
A un elefante jocundo.



El cual, tomando el elogio
Por verdadero é inconcuso,
Se dió á hacer mil piruetas
Y á dar vueltas como un huso
Sin prever el resultado
De aquel voltear estúpido.



Pues echándose hacia atrás
El paquidermo, de súbito,
Dió un resbalón, y debajo
Cogió al guasón, que del susto
Y del achuchón hallóse,
Sin darse cuenta, difunto.
Moraleja de este caso:
«Guaséate con los tuyos.»

De Scila á Caribdis



—¿Es aquí donde se necesita un intérprete de idioma español? Si quiere usted revisarlos, traigo certificados que le demostrarán mi aptitud para el cargo.

EL DUEÑO DEL HOTEL (asustado al ver la balumba de documentos). —Está bien... muy bien... pero en este momento no puedo entretenerme... tráigame usted tan sólo su fe de bautismo... me basta con esto.



Al día siguiente

—Tengo el gusto de presentar á usted mi fe de bautismo. Debe usted saber que yo me llamo, por razón de mi noble ascendencia, Don Rodrigo Aznar de Socuélamos, de Zumalacárregui é Iparraquirre, Caballero de las Roelas y Merino Fuentes del Robledal, Torrelavega é Iranzo de Pampliega, Lozano de Tremecén y de Conchillos...

—No prosiga usted, no prosiga; no necesito tanta gente.

Entre un banquero y su secretario:

—¿Le ha dicho el tenedor de libros lo que debe hacer usted esta tarde?

—Sí, señor, me ha dicho que le despierte cuando vuelva usted de la Bolsa.

La calle está en movimiento á causa del suicidio de un viejo original.

—¿Se sabe por qué se ha ahorcado?

—Dicen que se aburría.

—Pues ¡vaya un modo singular de distraerse!



El soldado jugador, que ha enviado á su padre una carta pidiéndole dinero so pretexto de haber perdido el paraguas del capitán de la compañía, recibe del autor de sus días un enorme paraguas de ocasión y una carta concebida así:

«Estimado Félix:

»Me pides diez pesetas para comprar un paraguas en reemplazo de otro que has perdido y que no era tuyo. Haces bien en practicar ese acto de honradez, y como cabalmente era ayer día de feria, di en ella con una ganga, que es el paraguas que te envío, pues lo adquirí por tres pesetas. No creo que hubieses encontrado ahí otro tan barato.»

Ante un tribunal:

—¿Cómo se llama usted?—pregunta el presidente.

—López—contesta el acusado.

El presidente, con tono severo:

—¿Ese nombre no me es desconocido?

—oo—

Gedeón dice á su mujer que ha estado á punto de ser víctima de un accidente de caza.

—Figúrate—añade—que el disparo partió, pasando á dos centímetros de mi cabeza. Si mi compañero haya un poco la puntería, en este momento te estaría dirigiendo la palabra un cadáver.

—oo—

Retratábase Narcisa,
Y así le hablaba al pintor:

—Ponedme hermoso color,
Blanca tez, boca de risa.

Los ojos negros... ¿A ver?

¿De veras soy así yo?—

Y el pintor le dijo: —No;

Así es como queréis ser.

—oo—

En casa del médico:

—¿Ha consultado usted con alguien acerca de su enfermedad?

—Sí, señor, con un farmacéutico.

—Y le habrá aconsejado alguna barbaridad...

—Me ha dicho que le tomara á usted como médico.

Los cómicos de la legua



—Chico, deploro que te hayan arrojado esa manzana desde el gallinero.

—No hay de qué, querido; cabalmente si fruta hay que me guste es ésta, y... ya ves... ¡estoy devorando mi afrenta!



El público ante todo

—¿Por qué hace usted esta extraña mueca?

—Me duelen atrocemente los riñones... no parece sino que me haya desencuadrado... creo que he caído mal... pero ya se me pasará...

—No, hombre, al contrario, sería mejor que le durase: con una mueca como ésta al salir de nuevo á la pista, da usted el golpe y el que se descoyunta de risa es el público.

Un bolsista, muy avaro y algo tartamudo, decía ayer, á propósito de lo caro que anda todo en Madrid:

—¿Querrán ustedes creer... que me... ha costado diez... duros un... un... pan...

—No puede ser—interrumpió vivamente otro bolsista.

—Sí, señor; diez duros... un pan... pan... talón.

Un caballero de barba blanca entró en una peluquería, y dijo á uno de los oficiales:

—Afeiteme usted en seguida. Me han dicho que con esta barba parezco un viejo.

Después de haberse afeitado, preguntó al oficial:

—¿Y ahora qué parezco?

—Pues... ¡una vieja!

—oo—

Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

CHARADA

Tus ojos son *prima*,
Tus ojos son *dos*,
Tus ojos son *todo*,
Tus ojos ¿qué son?

—oo—

ADIVINANZA

Soy un señor encumbrado,
Ando mejor que el reloj,
Me levanto muy temprano
Y me acuesto á la oración.

—oo—

Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA. — *Salvado.*

ENIGMA. — *Muleta.*

Imprenta de Henrich y C.^a en cta.—Barcelona

EL PÊLE-MÊLE

Es la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisenses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y caza para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

84 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Russa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

En volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

de

Novelistas del Siglo XX

En el Concurso abierto por los Editores de esta Biblioteca, fueron premiadas las siguientes novelas:

Primer premio.

Pedro Mata.

Ganará el pan...

Segundo premio.

Mariano Turmo Baselga.

Miguelón.

Tercer premio.

Rafael Pamplona Escudero.

Cuartel de Inválidos.

Recomendadas por el Jurado.

Ricardo Carreras.

Doña Abulia.

Gregorio Martínez Sierra.

La Humilde Verdad.

Magdalena Santiago Fuentes.

Emprendamos nueva vida.

José Segarra.

Vocación.

J. Menéndez Agustí.

María de Abreda.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.ª, Editores

BARCELONA

VERDADEROS GRANOS de SALUD



del Dr. FRANK
Un siglo de éxitos, por todo el mundo
Contra el ESTREÑIMIENTO
y sus consecuencias:
Inapetencia, Jaqueca,
Embarazo gástrico, etc.
EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS
con Etiqueta en 4 colores
análoga a la del margen, y el
Nombre del Dr. FRANK
sobre cajas azules, cuyo lac-simil
damos también al margen.
11.50 1/3 caja (50 gr) 3 f. caja (100 gr)
Es el mejor, el más cómodo y el más
barato de los Remedios
A cada caja acompaña una
instrucción detallada.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

No empleéis
sino las **PLACAS JOUGLA**
Y PAPELES

LOS MESES

Texto de los Sres. Alarcón, Cam-
poamor, Canovas del Castillo,
Castelar, Echegaray, Ferrari,
Mañé y Flaquer, Núñez de Arce,
Palacio, Pereda, Pérez Galdós,
Trubia y Valera.

ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure,
Dominguez, Ferrant, Galofre,
Martínez Cubells, Más y Fontde-
vila, Mesures, Moreno Carbonero,
Pellicer, Plasencia, Riquer,
Villegas y Villodas.

NOVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 80 ptas.
Por suscripción, 5 pts. cuaderno.
Henrich y C.ª, editores. — Barcelona

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita

San Andrés de Palomar — Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA